

XII

Al día siguiente, Irene se peinó con primor, se puso su traje negro, pidió chocolate y se fué al palacio, donde la recibió la camarera de Clemencia.

—La señorita duerme todavía—le dijo:—puede usted pasar al piso principal, donde la señora le tiene labor preparada. Venga usted, y yo la acompañaré: ¿no se lo advirtió ayer la señorita cuando estuvo en casa de usted?

—No la vi—respondió Irene,—porque me hallaba en su pabellón. ¿Pero estuvo en mi casa?

—¡Vaya! ¡Y por cierto que vino con una cara tan alegre!...; parecía otra... ¡Eh!; ya hemos llegado. Laura, la doncella principal de la señora, dará á usted labor.

Al decir estas palabras, señaló á otra joven que se hallaba en pie á algunos pasos de distancia, y se retiró.

Laura condujo á Irene á una salita, en la que ella y la otra camarera de la señora de Montereal hacían labor durante el día.

Una media hora hacía que estaba allí Irene preparando un bordado en un pañuelo, cuando se abrió la puerta y apareció Carlos en su umbral.

Irene no hizo, al verle, ningún movimiento de sorpresa: hubiérase dicho que le esperaba.

— ¡Irene— exclamó Montereal,— cuánto ansiaba hablarte á solas!

— ¿Y para qué?

— Para decirte que te amo, que te adoro..., que mi única aspiración se limita á ser correspondido.

Irene le miró sonriendo; aquellas palabras caían sobre su alma como una música celestial. Iba á hablar; pero en aquel instante se oyó un rumor que hizo asomar á Carlos á la ventana de la estancia.

Era el galope de algunos caballos.

— ¡Aquí están!...; ¡ellos son!... ¡Locos! ¡Qué alboroto va á haber!... En fin, así animarán el silencioso aburrimiento de esta casa.

Y Carlos, sin cuidarse más de Irene, desapareció.

La joven, sorprendida, se asomó á la ventana: vió apearse á cuatro caballeros, que acababan de llegar seguidos de dos criados, también á caballo. Aquéllos entregaron las riendas á los servidores y entraron en el parque, donde Carlos les esperaba para abrazarles.

Luego los cinco amigos penetraron en la casa, é Irene quedó pensativa, siempre apoyada en la ventana.

— ¡Ah!— se dijo;— ¡son sus amigos de Madrid! ¡Qué alegre y animada se pondrá ahora esta casa!

Habrás cacerías, grandes comidas, y quizá se bailará en el salón, en ese salón tan grande, tan lleno de espejos y dorados... ¡Ah! ¿Por qué no soy yo igual á esas gentes? ¿Por qué soy pobre? ¡Sólo por eso! ¡El dinero, el lujo, el esplendor! ¡Quién pudiera alcanzarlos! ¡Oh! Ya que no puedo participar de los goces de esas gentes, viviré cerca de ellas... Carlos parece amarme... ¿Quién sabe?

La pobre Irene permaneció todo el día sola con sus sueños. La señora de Montereal y su hijo estuvieron constantemente ocupados con sus amigos de Madrid; en cuanto á Clemencia, únicamente dejó su pabellón por la tarde para ir á ver á sus conocidos Avelina y Esteban.

Para poderlos visitar cada día, Clemencia llevó á su amiga algunos bordados, y los dos hermanos y la rica heredera pasaron juntos dos horas que se les hicieron muy cortas.

Clemencia parecía salir con delicia de la atmósfera de hielo que hasta entonces la había envuelto; comía mejor, reía, hablaba con animación, leía con avidez y estudiaba la música.

La compañía de Avelina le había hecho entrever los encantos del trabajo y de la beneficencia, y con ella bordaba y conversaba con una expansión que antes había estado muy lejos de su carácter, calificado siempre de helado y orgulloso.

Mientras Clemencia aspiraba con ansia la atmósfera de la amistad y quizás del amor, Car-

los espiaba la salida de su casa de Irene, y la esperaba en el parque.

—Querida Irene—le dijo cuando la vió:—esos amigos me han tenido ocupado todo el día, y voy á acompañarte ahora para que podamos hablar.

Irene se asió del brazo de Montreal; pero á pesar de la conversación anunciada, largo trecho anduvieron sin que el joven, meditabundo y triste, abriese los labios.

Ya iba ella á preguntarle la causa de su preocupación, cuando repentinamente dijo Carlos:

—¿Tiene novio tu prima, querida Irene?

—No, al menos que yo sepa—respondió ésta.

—¿Y lo ha tenido alguna vez?

—Tampoco.

—¿Y en qué consiste eso?

—Lo ignoro; pero como no es bonita...

—En efecto—repuso Carlos en voz baja y con un suspiro;—no es bonita, es encantadora.

—¿Qué dice usted?—preguntó Irene asombrada, pero sin entender muy bien el murmullo que se había escapado de los labios de su caballero.

—Digo que desearía verla; hablar un rato con ella y con su hermano: de este modo, acaso desvanecería la prevención que pudiera tener contra mí, y podría ir de vez en cuando á tu casa.

—Entre usted ahora.

—No, ahora no; ya sabes que me esperan mis amigos.

Al pronunciar Carlos estas palabras, habían

atravesado ya la mitad del patio de la casa de Avelina.

Era evidente que el joven había proyectado subir entonces mismo, pero que se había arrepentido de su propósito; porque así que hubo formulado su negativa, se desprendió del brazo de Irene y echó á andar precipitadamente á lo largo de la calle, dejando á la joven atónita y como espantada.

Ésta, si bien por efecto de su total ignorancia del mundo, se dijo al pronto que tan violentos arranques y hasta la decisión de llamarla de tú, debían ser propios de un gran señor, no pudo menos de extrañar la repentina desaparición de Carlos, y en vez de subir la escalera de su casa, volvió de nuevo al palacio, sin duda para espiarle.

Eran, en efecto, los recién llegados amigos íntimos de Carlos de Montreal y cuatro de los jóvenes más de moda y más calaveras, no sólo de Madrid, sino también de París, donde habían puesto muy alta la fama de sus locuras.

Sobresalía entre todos el marqués de V... por su desenfado y cinismo, que rayaba en el extremo más repugnante y más odioso.

Y, sin embargo, las mujeres le encontraban encantador: así es que los triunfos del marqués con el bello sexo eran numerosos.

Él trataba á las mujeres imperiosamente en la intimidad de sus relaciones, aunque en sociedad su galantería era delicada y llena de cortesía.

Esperaban en el salón que se les avisara que estaba servida la comida. Carlos había significado á su madre el deseo que tenía de comer solo con sus camaradas, y se había decidido que la anciana señora comería con Clemencia en uno de los comedores pequeños del cuerpo principal del palacio, y Carlos y sus amigos en el pabellón de aquél, para estar con mayor libertad.

—¿Qué te haces aquí tantos días?—preguntó á Carlos el marqués.—¿Has decidido retirarte á la soledad? Tu ausencia empezaba á alarmarnos, y hemos venido á ponerla fin. ¿Has encontrado alguna beldad campesina que te distraiga?

—Mira—respondió Carlos señalando con el dedo á una de las ventanas que daban frente á la en que se hallaban apoyados, en tanto que hablaban.

—¡Qué veol ¡Una cabeza rubia!—exclamó el marqués;—¡y parece muy bella!

—Promete, así que esté educada, una admirable hermosura. Imagínatela, aunque sea desde aquí, vestida de raso y blondas y adornada de brillantes, y dime si no la ves más hermosa y, sobre todo, más fresca que todas nuestras decantadas bellezas.

—Ciertamente—repuso el marqués;—y comprendo que, aburrido de conquistas fáciles y rutinarias (porque casi todas las mujeres del gran mundo se parecen), te dediques á esa aldeana, que será como una planta inculta, y halles placer en pulir ese diamante en bruto.

—Te cedo el placer—repuso Carlos con sencillez.

—¿Te has cansado ya de pulirle?

—Aún no había empezado mi trabajo. Sólo hace dos días que pude atraerla aquí, y no he tenido tiempo ni casi para hablarle.

—¿Y de qué medio te has valido?

—Mi madre me ha ayudado, deseando proporcionarme una distracción que me detenga á su lado más tiempo: esa joven está aquí como costurera.

—¿Y á qué altura te encuentras en tu conquista?

—Sólo han mediado algunas palabras de amor...; nada más.

—¿Y tu novia, qué dice?

—Nada sabe.

Á este tiempo apareció un criado en la puerta y dijo:

—La señorita Clemencia desea hablar al señor, y le suplica se sirva pasar por un momento á su pabellón, donde también le espera la señora.

—Di que ya te sigo—respondió Carlos; y volviéndose á sus amigos, añadió:

—Procuraré no haceros esperar para la comida.

Carlos dirigióse al pabellón de Clemencia, y los cuatro jóvenes, no hallando cosa mejor que hacer, se acercaron á la ventana para mirar á Irene, que, lejos de coser, no se separaba de la suya y mira-

ba también con avidez á los cuatro elegantes.

—La niña no es corta de genio—observó el marqués.—Lléveme el diablo si no arrebato su conquista á Carlos, y esto antes de que se acabe el día de mañana.

Diciendo estas palabras, hizo sonar un timbre y dijo al ayuda de cámara que se presentó:

—Recado de escribir.

—¿Qué intentas, loco?—exclamó riendo uno de los jóvenes.

—Pero, ¿qué dirán Carlos y su madre?

—Carlos me ha dicho que me cedía la educación de esa hermosa niña: ¿no lo habéis oído? Y en cuanto á su madre, ¿merece acaso respeto, cuando ella misma trae á su hijo semejantes distracciones? ¡Eh!; aquí no hay nadie que merezca consideración.

El ayuda de cámara volvió con el recado de escribir; el marqués se sentó delante de un velador y le dijo:

—No te vayas: te necesito.

Y con mano rápida trazó estas palabras:

«Carlos de Montreal, hermosa niña, no ama á usted, ni la ha amado nunca. La señorita Clemencia es su novia y va á casarse muy pronto con él. Yo quiero salvar á usted del engaño en que la tienen y decirle lo que puede temer y esperar. Dichosamente, he llegado yo en su ayuda. Hoy no me será posible verla porque estaremos en la mesa hasta muy tarde; pero mañana, cuan-

do usted venga aquí, yo la esperaré y le haré ver que es víctima de una intriga.

EL MARQUÉS DE V.

—Lleva esta carta á aquella joven rubia y guarda para ti estos cuatro duros—dijo el calavera al ayuda de cámara.—Y sabe—añadió—que no me importa un ardite de que esto llegue á oídos de tu amo: sólo te exijo un poco de reserva con las señoras.

El criado salió con la carta, y diez minutos después Irene la leía en pie, al lado de la ventana, y á la vista del que la había escrito y de sus amigos, que se reían á carcajadas celebrando la serenidad y aplomo de la joven.

¡Pobre Irenel

¡El humo de la vanidad había penetrado en su cabeza y la envolvía con negras y sofocantes nubes!

XIII

Carlos halló á Clemencia vestida de negro y sentada en el sofá en actitud grave y solemne.

Á su lado estaba, también sentada, la madre de aquél, teniendo grabada en sus facciones una expresión de admiración y de sorpresa.

—Ven, hijo mío—dijo al ver á Carlos.—Clemencia ha deseado, á pesar de hallarte ocupado, que se te llamara, y dice que es tan importante el asunto que tiene que comunicarte, que yo también estoy impaciente por saberlo.

—Ya soy todo oídos, señorita—dijo Carlos sentándose junto á su prometida con la amable sonrisa que le dedicaba siempre.

—Seré breve, amigo mío—observó Clemencia.—Sé que han llegado algunos amigos de usted, y no le privaré durante largo tiempo de su grata compañía; lo que tengo que decirle se expresa en pocas palabras: no amo á usted; lo he conocido desde hace dos días, y, después de reflexionarlo maduramente, he decidido romper el proyecto que existe para nuestra unión, y rogarle que me deje libre, como le dejo yo desde este instante.

La señora de Montereal dió un salto de su asiento; quiso hablar, y la expresión de su rostro

decía que iba á hacerlo con tanta sorpresa como indignación; pero no le fué posible: Clemencia volvió á tomar la palabra con la misma perfecta serenidad y sencillez con que antes había hablado.

—Desde que hemos llegado á este pueblo, vivo —dijo ella;—antes no hacía más que existir: la vista del campo y de sus rudas labores; el hallazgo de una familia compuesta de dos jóvenes que son dichosos en su pobreza, y los santos goces de la caridad que he probado aquí por la primera vez de mi vida, la oración, el reposo, la meditación, ese alimento del alma, la dulce tranquilidad, que reina en torno mío y que tan opuesta es al fatigoso bullicio del gran mundo, que sólo deja el vacío; todo esto ha mostrado á mi pensamiento horizontes vastos y nuevos; todo esto me ha abierto el libro de mi alma, y en él, señora, no veo amor para su hijo de usted, sino sólo una tranquila amistad.

Carlos miró á Clemencia sin hablar una palabra: tanto le había sorprendido su declaración; pero en sus ojos se hallaba pintada una tierna expresión de gratitud.

Su madre fué la que parecía como herida por mil saetas invisibles, y exclamó con indignación:

—¿Es decir, señorita, que se niega usted á casarse con mi hijo?

—Ruego á usted, y ruego á Carlos también, que me devuelvan mi palabra y mi libertad.

—¿Y no sabe usted que su enlace era un proyecto que hemos acariciado durante muchos años su padre de usted y yo?

—Lo sé, señora; pero asimismo sé que mi padre, cuyo único pensamiento era mi felicidad, me perdonará si rehusó una unión en la que no puedo hallarla.

—¿De modo... que se emancipa usted?; ¿que se separa de su tutora, ó, á lo menos, que lo intenta, pues hasta dentro de algunos meses no puede llevarlo á cabo, no siendo aún mayor de edad?

—No, señora—respondió Clemencia:—yo estaré al lado de usted hasta que me case con un hombre á quien ame; aunque le suplicaré una cosa.

—¡Veamos..., veamos!—dijo la señora de Montereal, que se ahogaba de furor.

—Que permanezcamos aquí, por lo menos, un mes.

—¿Ha encontrado usted en Egea, por lo visto, el hombre á quien debe amar algún día?

—Tal vez, señora.

—¿Es decir, que un labriego vale más que mi hijo?

—No es un labriego el que acaso llegue á ser el compañero de mi vida, señora: es un joven pobre..., muy pobre, pero rico en nobleza de alma y en bellos sentimientos.

—Señorita—exclamó la opulenta viuda,—me canso de oír dislates y me retiro. Espero hallar á

usted, dentro de algunas horas, más razonable; entretanto, le prevengo que comerá sola, pues, según debe suponer, su compañía no puede serme agradable.

La joven se inclinó sin contestar una palabra, y esta muestra de aquiescencia puso el colmo al furor de su tutora, que salió violentamente de la habitación.

Así que ambos jóvenes quedaron solos, Carlos se volvió hacia su prometida, y juntando las manos, exclamó con la expresión de la más viva y ardiente gratitud:

—¡Gracias, Clemencia!

—¡Qué! ¿No me culpa usted?—dijo ésta.—¿Sabe usted—añadió sonriéndose—que podría resentirse mi orgullo?

—No lo temo; y luego, cuando usted sepa..., cuando yo le diga...

—Hable usted: ya soy su amiga, su hermana; ya puede sacudir la dura cadena del amor impuesto. Dígame usted cuanto quiera: no me amaba usted, ¿verdad?

—Profesaba á usted un afecto puro y tranquilo...

—¿Pero amor...?

—Mi corazón estaba vacío de este sentimiento hasta hace pocos días, lo confieso.

—¿Y ahora?

—Ahora le ocupa una imagen adorable; ahora creo que amo.

—¿Y esa imagen es la de una joven que vive en este pueblo? ¿Es acaso la de esa pobre muchacha que su madre ha traído aquí..., bajo el mismo techo que yo habito?... ¡Oh, eso es odioso! ¡Eso me ha llenado de indignación hacia ella, Carlos; eso le ha rebajado en el buen concepto en que yo tenía á usted; eso me ha hecho conocer que los hombres del gran mundo, á que usted pertenece, son muy pequeños, y que encubren, con el nombre de calaveradas, muchas infamias! ¡Eso ha arrancado el velo que cegaba mis ojos, y me ha afirmado en la decisión de romper nuestro proyectado enlace, y en el deseo de declararme emancipada dentro de cuatro meses, en cuya época habré cumplido veintiún años y seré mayor de edad!

Clemencia dijo todo esto con las mejillas encarnadas de indignación; sus ojos lanzaban destellos de luz, y se veía que palpitaba en sus venas una sangre generosa.

—¡Oh!—prosiguió;—¡desgraciadas, mil veces desgraciadas las mujeres ricas! Son una presa que codician todos los libertinos y que, una vez conseguida, no les merece ni estimación, ni respeto, ni compasión siquiera. Cuando ya ven sus caudales agotados, buscan una joven inocente, sencilla, pero muy rica, como yo, para que, con su fortuna, provea á todos sus excesos, y con su candor pase, ciega y muda, por enmedio de los negros lodazales que abren en torno suyo. Si, por una desgracia mayor, llega á despertarse nuestra

imaginación un día ú otro, no creemos en nada, porque la riqueza se extiende delante de nosotras como un muro de bronce. Nunca nos convencemos de que se concede algo á nuestra belleza, á nuestra virtud, á nuestros verdaderos encantos. Todas las muestras de simpatía que recibimos las tomamos como homenajes á nuestro dinero, y llega día en que caemos en la mayor de todas las bajezas: en la de persuadirnos de que nuestro dinero lo es todo. Y al llegar á este caso deplorable, al que yo había llegado ya al cumplir los doce años de mi edad, ¡adiós ilusiones, inteligencia, fe, esperanza, caridad y religión!: una sola palabra, una sola idea se esculpe en nuestra mente y en nuestro corazón, y día y noche, y soñando y despiertas, pensamos: «¡Valgo mucho, porque tengo mucho dinero!» ¡No, Carlos! No me casaré jamás con un hombre del gran mundo, ni viviré tampoco en él más que cortas temporadas; para gozar, para amar, se necesita disfrutar de una existencia tranquila, porque en ella estamos más cerca de Dios.

—Mi querida amiga—dijo el joven,—usted se exalta acaso demasiado: en todas partes puede usted hallar un amor grande, verdadero, tal como usted lo merece y tal como existe... Yo puedo hablar así ahora, porque lo siento vivir en mi corazón: ¡yo amo!

Clemencia mecía la cabeza con aire incrédulo.

—Yo amo—repitió Carlos—á una joven de

este pueblo; á una joven humilde y pobre, que vive con un hermano suyo... ¿No lo cree usted? ¡No le falta derecho para dudarlo! ¡Debe tener y tiene, según he visto, tan mal concepto formado de mí! Sin embargo, es tan cierto que yo amo á Avelina, como lo es que hasta hoy no sabía lo que era amor.

—¡Avelina! ¿Es Avelina la joven á quien usted ama, Carlos?—exclamó Clemencia con alegría.

—Sí, querida amiga: así se llama. ¿Pero usted quizá la conoce?

—¡Que si la conozco!—dijo Clemencia.—¡Si voy todas las tardes á su casal ¡Si le profeso la más tierna amistad! Hoy he pasado dos horas con ella y con su hermano...

Clemencia se detuvo, y un subido color de rosa volvió á invadir sus mejillas. Carlos la miró sonriendo: su experiencia le decía que era el hermano de Avelina el que había hecho en el corazón de su prometida tan honda huella, que la obligaba á renunciar á su unión.

—¿Por qué esa confusión, amiga mía?—dijo tomando la mano de la joven.—Así como yo he amado á la hermana, ¿no puede usted amar al hermano? En esta coincidencia sólo hay una cosa que me admire, y es que la Providencia nos haya traído aquí para fijar nuestros destinos. Y bien, Clemencia: usted que es más dichosa que yo, puesto que puede ir á esa casa, ¿quiere usted presentarme á su amiga? Yo no sé cómo acercarme

á ella, pues una vez que subí á su casa con Irene, me recibió con mucha frialdad.

—Con mucho gusto—respondió Clemencia alegremente:—mañana por la tarde, ofrezco á usted que le presentaré á mi amiga. Ahora, Carlos, separémonos: procure usted calmar á su madre, mientras yo voy á despedir á esta otra pobre joven, víctima de un ruin engaño.

Carlos estrechó la mano de Clemencia con más ternura de la que jamás había usado con ella, y salió de la estancia, dirigiéndose, en vez de ir á buscar á su madre, á buscar á sus amigos.

Clemencia pensó que no era conveniente ir ella misma á hablar á Irene, y llamó á su camarera, que se presentó en seguida.

—Haz saber á esa joven costurera—le dijo—que ya no la necesito. Encárgate de su labor, págale y que se retire, á no ser que tenga que entenderse con la señora, en cuyo caso puede venir á tomar sus órdenes mañana, pues hoy se halla indispuesta.

La camarera fué á cumplir este mandato, y poco después Irene, roja de cólera y de vergüenza, salía del palacio, á través de cuyas ventanas se oía la alegre conversación, el choque de los vasos y la algazara de la comida de Carlos y de sus amigos.

XIV

Algunos días después, y á eso de las siete de la tarde, tenía lugar una magnífica escena á la salida del pueblo y en una casita recién edificada, ó más bien, recién levantada entre un montón de ruinas.

Era propiedad de Petronila, la viuda del albañil, quien, por la generosidad de Clemencia, había podido comprar la arruinada choza que el anterior propietario le había cedido y que algunos obreros, pagados por su joven bienhechora, habían reedificado en breve tiempo aprovechando los materiales viejos.

El patio se había convertido en una tiendecita de lienzos, pues Clemencia había creído, y con razón, que remediar la miseria presente no era nada, si no se precavía la futura.

Petronila tenía á la sazón una industria que le permitía ganar lo necesario para atender á su subsistencia y á la de sus hijos.

Los tres estaban gruesos y hermosos, y saltaban y cantaban alrededor de su madre, quien, para celebrar aquel día la inauguración de su tiendecilla, había convidado á su protectora, al padre Matías y á los sobrinos de la buena doña